

Balas y simplismo

Manfred Svensson



An te la balacera del pasado jueves en Bajos de Mena una serie de personas reaccionaron notando la fijación de la élite con una discusión muy distinta: la del sueldo de Marcela Cubillos. Hay un sentido muy fundamental en que esa crítica es justificada. Todos nuestros problemas pueden ser serios y merecer atención, pero la pregunta por la seguridad es hoy una inquietud ya no por bienes materiales o por poder moverse libremente de noche: es la vida misma —de los seres queridos y la propia— que para muchos conciudadanos ha pasado a estar en la balanza. Si algo puede reordenar de modo radical la jerarquía de las preocupaciones ciudadanas es esto, y más vale reconocer que esa es —con toda razón— la actual situación.

Todo esto es cierto, pero con una importante reserva. Porque lo que se ha revelado la última semana no es tanto un sueldo como el estado de nuestra clase política. Y ese estado explica no solo la in-

capacidad para enfrentar el problema concreto de la seguridad, sino la parálisis general que nos tiene con tanto problema por años diagnosticado mas no resuelto. Es un estado anímico, si se quiere llamarlo así, y también es un estado intelectual. Es un estado anímico en el sentido de que el único instinto que surge a lado y lado es el de imponerse sobre los adversarios.

No siempre se puede estar de modo visible en la trincheras, porque los escándalos pueden sugerir que es hora de sumergirnos. Pero ya llegará un escándalo en la vereda del frente y podremos volver a la superficie. Eso es todo lo que hay. La cercanía de la elección municipal no ayuda, desde luego, pero se trata de una disposición demasiado persistente como para explicarla solo en términos del calendario electoral.

Peor aún, si es posible, es su estado intelectual. Fueron discusiones sobre la universidad, en buena medida, las que

iniciaron hace unos quince años el actual ciclo político. En ese contexto circularon críticas radicales al “modelo” y defensas igualmente cerradas de cada uno de sus elementos. Se imaginaria que algo han mejorado los diagnósticos desde entonces. Pero quien sigue la discusión de los últimos días no puede sino

constatar que, salvo honrosas excepciones, poco ha cambiado. A un lado se cree haber descubierto que es hora de resucitar la crítica del neoliberalismo, al otro se arroja frases sobre el derecho absoluto de los privados respecto de sus recursos, sea cual sea el tipo de institución

la que esté en juego.

Simplismos infantiles continúan reinando en nuestra discusión. Podríamos echar a dormir esta preocupación si los problemas de seguridad no fueran más que cuestión de aplicar fuerza bruta. Pero lo que se revela aquí los afecta también a ellos. ¿Dónde puede surgir así la alta política que ellos reclaman?

“Lo que se ha revelado la última semana no es tanto un sueldo como el estado anímico e intelectual de nuestra clase política”.

Un asunto de responsabilidad política

Juan Luis Monsalve E.



Hoy el proyecto de ley crítico para el país no es el CAE sino el de nombramiento de ministros de la Corte Suprema. Además, urgente, considerando que hasta que se modifique el sistema, los nombramientos están postergados. Estar a altura de la crisis exige a los actores una disposición realista, aterrizando las expectativas porque las balas o reglas de plata no existen. En consecuencia, comprender que se requiere ajustar y no refundar el sistema. Porque el objetivo del proyecto sería uno preciso: fortalecer la responsabilidad política de quienes intervienen en los nombramientos. Al final, fue lo que falló.

La responsabilidad política tiene tres dificultades. Uno, su instrumento más poderoso, la acusación constitucional, opera ex post. Respecto a su poder disuasivo, es obvio que no impresionó a Vivanco y cía. Dos, el poder disciplinador del voto ciudadano —en teoría, medio eficaz de rendición de cuenta de los actores políticos, en particular los parlamentarios— es débil.

Entre otros, por la distancia de cuatro a ocho años entre elecciones. Tres, el principio de pluralidad de los nombramientos derivó en la práctica del cheque en blanco. La prerrogativa de uno a nominar tiene su contrapartida en aprobar la del otro. Las excepciones suceden por razones ideológicas, no de integridad o mérito. En el caso Vivanco, el PS se opuso por razones de integridad pero no sus aliados. ¿La razón? *Fair play*.

Estas dificultades son propias del régimen democrático, ya que su operación supone la responsabilidad política de los actores. Los ministros hoy acusados fueron en su momento el consenso o la mayoría

posible. Es claro el error, pero no existen reglas de plata que blinden al sistema de ellas. Excepto, claro, los plebiscitos revocatorios, la elección popular de jueces o delegar la nominación a la ADP, vía *head hunter*. Esperemos que el debate no se deslice por esa pendiente.

Por tanto, la respuesta realista para fortalecer la responsabilidad política en

los nombramientos es más transparencia y más rendición de cuentas. No es una respuesta épica, sino más bien aburrida, pero consistente con el régimen democrático. Entre las propuestas surgidas en estos días, algunos ejemplos.

Una, explicitar criterios objetivos, sencillos y medibles que permitan a los actores y la opinión pública medir mejor

si los requisitos de integridad y excelencia se cumplen. Esto permitiría aumentar la información para la toma de decisión, restringir la discrecionalidad de los actores, y evaluar mejor como estos cumplen su responsabilidad política. Dos, aumentar la transparencia de las

instancias de decisión. Ejemplo, el proceso de la Corte Suprema debería ser igual al del Senado, televisado.

La racionalidad cínica de los protagonistas no desaparecerá con ninguna regla. Ellas no alteran el alma, pero encauzan la conducta. Cuando son bien diseñadas y ejecutadas. Esa es la vara para medir el proyecto.

“La racionalidad cínica de los protagonistas no desaparecerá con ninguna regla. Ellas no alteran el alma, pero encauzan la conducta”.

Omar David Pérez
Académico DII U. de Chile
Investigador ISCI



Sesgos en decisiones financieras

Las decisiones financieras, al igual que muchas de nuestras decisiones cotidianas, son tan complejas que a menudo terminamos utilizando heurísticas. Estas heurísticas son atajos mentales que simplifican las decisiones, enfocando nuestra atención en aquellos aspectos de la información disponible que parecen más relevantes o accesibles. Si bien nos permiten evitar un gasto excesivo de energía cognitiva, tienen un costo: que nuestras acciones no son las óptimas.

Al aplicar heurísticas, nuestra atención se dirige automáticamente hacia los elementos más inmediatos de una decisión, como pagar el monto mínimo de una tarjeta de crédito o elegir un producto financiero conocido, sin evaluar todas las opciones o las implicaciones a largo plazo. Con el tiempo, este enfoque sesgado se convierte en un hábito automático que, una vez establecido, es difícil de romper.

Este ciclo, en el cual la atención inicial impulsada por la heurística se convierte en un comportamiento habitual, provoca que las personas continúen tomando decisiones subóptimas sin una deliberación clara. El problema no es que no comprendan la naturaleza de la decisión financiera, sino que sus recursos cognitivos se activan automáticamente, bloqueando un análisis profundo de todas las variables.

Para mejorar la toma de decisiones financieras, es fundamental intervenir en este proceso de atención automática. Recapturar la atención del consumidor y redirigirla hacia aspectos más importantes, como los costos a largo plazo o alternativas más favorables. Estos pueden interrumpir el ciclo habitual y promover decisiones más conscientes y racionales.

Este enfoque subraya la importancia de la psicología de la toma de decisiones. Si bien políticas como la educación financiera son útiles, tienen un alcance limitado. Al comprender cómo las heurísticas se automatizan y se convierten en hábitos difíciles de cambiar, podemos diseñar estrategias que ayuden a las personas a reevaluar sus elecciones y tomar decisiones financieras más óptimas. Intervenir en los mecanismos psicológicos que subyacen a estas decisiones es clave para romper ciclos automáticos y fomentar un comportamiento financiero más saludable.